

Cultura y crisis: intersecciones

Leonor Arfuch

Quizá desde que Freud habló de “malestar en la cultura” –un significante que sintetizaba y a la vez expandía un amplio campo de significados- la idea de crisis, como perturbación, inestabilidad y punto límite, quedó naturalmente asociada, al menos como potencialidad descriptiva, al universo de hábitos, costumbres, saberes, creencias, valores, subjetividades, esa intrincada trama semiótica que entendemos por “cultura”. Mucho antes, en la lejana tradición griega, *krisis* había designado tanto la interpretación del vuelo de los pájaros y de los sueños –no en vano el psicoanálisis se nutrió de esos ancestros– como la elección de las víctimas destinadas al sacrificio y también una sentencia, un juicio elaborado, una condenación. La medicina hipocrática, por su parte, usaba el concepto para denotar un cambio sufrido por el paciente en el espacio-tiempo, que resultaba en otro devenir. Pero es en relación con la tragedia griega que el término adquiere el sentido que nos interesa acentuar en este artículo: un acontecimiento categórico y crítico, que implica a la vez todo el pasado y todo el porvenir de la acción cuyo curso marca.

Si en el siglo XIX la noción de crisis abarcó tanto la economía política como las grandes mutaciones civilizatorias, el siglo siguiente la institucionalizó para dar cuenta de los cimbronazos de la sociedad, la familia, el arte, la política, usos que fueron acentuando su carácter de *revelación*, de momento en el cual se hace visible el agotamiento de un modelo o de un estado de cosas, y consecuentemente, la necesidad de su superación. Llevada a este punto, la “crisis” se tornó un significante apto para todo, de los avatares de la vida doméstica a la alta política, una celebridad –y una proximidad– que deslucieron un tanto la fuerza performativa de su impronta clásica.

Esta iterabilidad de la “crisis”, es decir, su aparición cotidiana en cualquier contexto y por ende, la multiplicación de sus significados –que habla

también de la imposibilidad de toda plenitud— hace problemática su definición. ¿Cuándo se produce en verdad el acontecimiento que interrumpe el curso de la acción? ¿Cómo se articula la diferencia temporal en esa aceleración que involucra tanto el pasado como el porvenir? Tomando nuestro ejemplo más reciente, hablamos de la “crisis” argentina que se desató en las calles el 19 y 20 de diciembre de 2001 —calificada como tal en todo el mundo por las agencias de noticias— y estaríamos de acuerdo en que presentó un rostro súbito y descarnado, a la vez épico, violento, revelador, pero ¿y antes? ¿y el tiempo anterior, en que todos sus componentes estaban igualmente a la vista? ¿y su posteridad, en que no pudo restaurarse, por un largo período, un “orden”?

Es que la temporalidad, como dimensión indisociable de la crisis, opera, quizá calladamente, en una lenta corrosión antes que la visibilidad pública la torne en espectáculo y mucho después, en consecuencias sin duda imprevisibles. Crisis endémica, constitutiva, estructural, múltiples significantes intentan dar idea de esa larga duración, de esa persistencia que desmiente el carácter abrupto de la irrupción . Por eso tal vez no todos coincidirían en que el acontecimiento de diciembre tuvo el carácter de una dislocación radical, para algunos sería sólo un hito —si bien trascendental— en un devenir (siempre) crítico.

En tanto pensamos que el lenguaje configura el mundo y no meramente viene a nombrar lo que ya existe con independencia de él, la importancia de la nominación es clave: a partir de ella lo nombrado se torna inteligible. La crisis de diciembre —si acordamos en esa nominación—, más allá de sus componentes efectivos, vino a introducir en el discurso público un nuevo modo de catalogación, marcado fuertemente por el eje temporal. Los medios, principales formadores de opinión, se esforzaron por retratar los “dos” rostros del país, el “antes” y el “después”, marcas deícticas que se transformaron casi en variantes explicativas. Como si del día a la noche hubiéramos pasado del paraíso al infierno. Como si las imágenes lacerantes de hambre y miseria con

las que se regodeaba la televisión, se hubieran producido de hoy a mañana. Esto no quiere decir que el empobrecimiento, la indigencia, la (e)migración o las mil y una formas de supervivencia "cuentapropista" no se hayan incrementado notablemente a partir de aquel momento. O que no haya habido efectivamente un cambio drástico en hábitos y costumbres, sobre todo de la clase media. Pero esa dualidad, que pretendía reflejar un cambio simétrico a todo nivel, venía justamente a desdibujar los matices, los clivajes, las diferencias, a homogeneizar lo diverso, a unificar, de modo sintético, los abismos que la desigualdad talló sin pausa en la última década.

La crisis se transformó así en una especie de parámetro identitario colectivo que nos unía en iguales desventuras. Y como, según un reconocido consenso de autores, sólo se piensa en la identidad cuando está en crisis, cuando se la "pierde", pareció llegar el momento de reanimar sus signos vitales en el escenario conflictivo de la globalización, evocando raíces, pertenencias, mitos fundacionales, todo aquello que hace a la definición posible de la nación/nacionalidad, su potencialidad identificatoria y el (correlativo) lugar en el mundo de sus habitantes. Es aquí que la "cultura", en sentido amplio y también restringido, jugó un papel considerable: apenas atemperadas las voces callejeras, todavía en la exaltación solidaria de las asambleas barriales, empezó a circular en el discurso social la idea de una hipotética "salvación" por la cultura. Idea que iba más allá de los círculos consagrados o las prácticas específicas para involucrar una especie de modalidad generalizada de resistencia: recordemos el valor simbólico que asumieron ciertas expresiones artísticas de los piqueteros asesinados, KostECKi y Santillán – dibujos y poemas, respectivamente–, en la lucha y movilización que siguió a su trágica muerte.

Si la cultura en tanto arraigo identitario, potencialidad expresiva, efervescencia, creación, apareció connotada como una recuperación de un cierto "modo de ser" típicamente argentino –con los estereotipos inevitables del caso–, en el campo cultural más canónicamente delimitado se afianzó un

movimiento múltiple, inorgánico, al que también podría llamarse de resistencia sin que esto suponga enfrentarse a ningún "enemigo" preciso y definible, más allá de la situación general. El balance de estos dos años es al respecto sumamente alentador: un despliegue creciente del llamado "nuevo cine argentino", una proliferación de grupos teatrales en distintas ciudades del país, todo tipo de iniciativas barriales, regionales, de colectividades, festivales nacionales e internacionales de cine, música, teatro, ferias del libro, de arte y de diseño cada vez con mayor concurrencia, un gran impulso de la industria editorial, infinidad de medios gráficos y audiovisuales alternativos, etc. En Buenos Aires, la cultura se transformó casi en un *leitmotiv* de la política gubernamental. Las últimas ediciones del Festival Internacional de Cine Independiente de Buenos Aires (abril de 2002 y 2003) concentraron cada una más de un centenar y medio de filmes, entre los cuales se destacaban tendencias y directores de primer nivel en el mundo junto con una alta productividad local, y que tuvieron una asistencia masiva de público. Algo similar ocurrió con los Festivales Internacionales de Teatro (septiembre de 2002 y 2003), cuya última edición, que acaba de concluir, ofreció una muestra variadísima de grupos experimentales de distintos lugares del país. Asimismo, la tradicional Feria del Libro de abril tuvo este año una concurrencia inusitada y un importante repunte en cuanto a nuevas ediciones argentinas. Paralelamente se están popularizando en los barrios actividades de contacto con la comunidad, como estudios abiertos de artistas plásticos y de teatro, exhibiciones informales y ferias callejeras, jornadas de integración donde confluye el comercio, el arte, la gastronomía y las demostraciones al aire libre. La trama cultural de la ciudad se ve así articulada en un nuevo trazado identitario que enfatiza las características peculiares de cada zona, en coincidencia con una creciente preocupación por el patrimonio urbano, tangible e intangible y con un notorio impulso del turismo, que es una de las consecuencias positivas del fin de la convertibilidad.

Sin embargo, pese a la importancia de estos fenómenos, que alimentan "la vida del espíritu", como diría Simmel, compensan de otras frustraciones y

hacen más aceptable la rutina cotidiana –al tiempo que abren buenas perspectivas para el desarrollo artístico, comercial, turístico, etc.– lejos están de constituirse en instancias de “salvación”, ya sea de nuestra autoestima nacional, de nuestra imaginaria identitaria, de nuestros recursos o medios de vida. Porque, evidentemente, la gravedad de la situación argentina, sus terribles desequilibrios internos y externos, su precaria posición en el mundo, su desmedida fagocitación por los capitales internacionales y por el afinado sistema autóctono de la corrupción, no se “salvan” –ni se saldan– con el florecimiento cultural, por más encomiable que éste sea.

En primer lugar, porque ese pensamiento disocia la cultura de los otros registros significantes: la crisis de la Argentina es *también* la de su cultura, en el sentido más amplio del término. Crisis de su cultura política, de sus tradiciones, de sus ideologías, de sus creencias, de sus representaciones, de la manera en que se constituyó la nación, de sus figuras heroicas, de sus identificaciones, de sus sistemas de valores... No es ecuánime la interpretación que pone todo “afuera”, en las aviesas manos de la especulación globalizada. Ni aquella que nos ubica como caso emblemático del castigo universal. Las lógicas que operaron en el desencadenamiento de 2001 no son meramente económicas o políticas o geopolíticas, sino el resultado de una combinatoria extremadamente compleja –tan azarosa como previsible– donde todos estos factores estuvieron en juego: como en la tragedia griega, involucró por entero el pasado y el porvenir.

En segundo lugar, ¿*quiénes* se salvarían con esa “recuperación” identitaria y cultural? ¿Es acaso un registro que pueda incluir a todos por igual? ¿o volvemos, una vez más, a mirar el país con (ciertos) ojos de Buenos Aires? La escena promisorio que hemos sintetizado –y que sin duda valoramos– no remedia sin embargo el creciente analfabetismo de un país que se preciaba de la excelencia de su educación pública, tampoco las cifras alarmantes de mortalidad infantil, los remotos lugares sin provisión –ni cultural ni elemental– alguna, las nuevas y viejas formas de esclavitud, los tráficos abyectos, las

emergencias sintomáticas –atentados, secuestros, asesinatos–, la corrupción entronizada, las estructuras feudales que desmienten toda idea de modernidad.

Yendo a un terreno que nos es más próximo, tampoco es un buen síntoma una universidad pública cada vez con mayor cantidad de estudiantes y menor número de egresados, donde la falta de horizontes lleva obligadamente a la búsqueda de otros horizontes –triste récord de una emigración “calificada” que desarma toda proyección de solvencia científica aún antes de ser proyectada– y donde la lucha por insumos mínimos consume la mayor energía del pensamiento. Una universidad también colonizada por la racionalidad instrumental, donde la burocracia de los trámites –y la destreza con los formularios– aventaja a la pasión intelectual o a los destellos de la inteligencia.

Si el estado de las cosas, aun con cierta mejoría –y una tasa no menor de esperanza– no nos “representa” en nuestro imaginario potencial –ese lugar idealizado donde “mereceríamos” estar, no por mítico menos real–, si nos sentimos a menudo excluidos de la representación (política), tampoco puede contentarnos esa fugaz aunque intensa felicidad cultural. La felicidad del arte, por ejemplo, en su irrupción actual –que contrasta con la apabullante mediocridad mediática–, no está por supuesto en sus promesas sino en aquello que muestra como síntoma, en la lectura crítica o incómoda del presente, en su efecto revulsivo, en su aventurada experimentación. Ni por fuera de la crisis ni alienada en ella, la cultura –como el arte y la política– aún lejos de la “salvación” tiene sin embargo mucho por decir: sobre las trazas instituyentes del pasado y también sobre ese territorio incierto que (todavía) no nos atrevemos a llamar futuro.